

## INVENTAR EL MUNDO

*La idea de “juego” es una idea que ha entrado, según el autor del presente artículo, en los planteamientos de la ciencia moderna, rompiendo el esquema cientifista caracterizado por su afán de tenerlo todo determinado y de no dar lugar a la indeterminación y al azar. También algunos teólogos contemporáneos (Jürgen Moltmann, Harvey Cox, entre otros) se han hecho eco, en su teología, de la importancia de lo lúdico. En el tema de la creación lo lúdico parece adquirir mayor relevancia. Tras advertirnos de la necesidad de no caer en los concordismos de antaño, el autor nos muestra cómo la idea del juego puede fecundar la reflexión teológica, sobre todo en el ámbito de la teología de la creación, y cuáles serían los límites a los que debería atenerse este planteamiento.*

*Inventer le monde. Vers une théologie ludique de la création, Théophylion 6 (2001) 345-373.*

Hablar de la creación es propio de la teología, pues la acción “creadora” pertenece exclusivamente a Dios. Nos habla de su libertad soberana. A lo largo de la historia no han faltado intentos para describir, con los recursos que ofrece el ingenio humano, esta acción inaudita. Es frecuente relacionar el discurso de la creación con las concepciones científicas. Insensiblemente, se acorta la diferencia entre la palabra de la revelación y los formalismos bien contruidos de la mecánica celeste. ¿Habría que enfocar la salvación mediante el examen del desarrollo regular de estos procedimientos? La teología no puede depender de ninguna representación del mundo. Sigue siendo válida la advertencia barthiana, dirigida a los concordismos de las teologías naturales: “Los cristianos han estado siempre muy mal inspirados al creer que debían considerar tal o cual sistema como expresión adecuada del pensamiento de la Iglesia sobre la creación, considerada sin referencia a la palabra de Dios”. Los sistemas elaborados por el pensamiento humano son siempre un espejo en el que éste contempla su propia imagen. Desde este punto de vista, sólo son ídolos. La sombra del “gran relojero” domina todavía una parte notable del imaginario contemporáneo, encerrándole en una fatalidad sin esperanza.

Distingamos, sin oponerlos, la palabra de salvación, de origen no mundano, y los discursos elaborados por los hombres para dar cuenta de su situación y su destino. ¿No será también la palabra humana una respuesta provisional, poco hábil quizás, pero auténtica, a la palabra creadora de Dios? Sirva de ejemplo la figura bíblica de la Sabiduría, relacionada tanto con la manifestación de Dios como con el conjunto de reflexiones y prácticas humanas. La ciencia, de una manera diferente, pero con el mismo derecho que la poesía, podría ser, no un camino seguro hacia Dios, sino un eco de su palabra. Esta nos invita a percibir el modo con el que el hombre considera su relación con el mundo, y esto, en nuestra cultura, incluye un profundo componente científico.